

# ZAMORA

## AÑO SANTO DE 1999

Por: Luis Prada Canillas

A quienes lean este relato, a su juicio dejo el que lo crean o no pues la historia es verdadera y el protagonista es quien lo está escribiendo.

El día 23 de febrero del año 1920 nací en Zamora capital, en aquel entonces en una vivienda de nueva construcción, hoy ocupada por una "Perla" en la conocida calle de Santa Clara. De una familia numerosa (en total 16 hijos tuvo mi Madre), hice el número 14 y llegué a conocer a 11 hermanos.

En principio quedé huérfano de Padre en 1929 y años más tarde también de Madre. En el transcurso del tiempo, por fallecimiento, en la actualidad solamente viven cuatro (un varón y tres hembras).

Independientemente del tiempo que haya pasado desde el fallecimiento, a todos ellos, los recuerdo con cariño.

De mis primeros años recuerdo lo que todos los niños en nuestros ratos de recreo; los juegos infantiles: dola o pídola, el burro las bolas, el aro (con este artefacto era un artista), el diábolo, la comba etc., etc.

A los seis años comencé a ir al Colegio Público (llamado vulgarmente de los "Descalzos", en donde con buen aprovechamiento, eso decían los Maestros, a los tres cursos realicé el examen de ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza con aprobado (1929), año que coincidió con el fallecimiento de mi Padre, y al haber sido éste militar, solicitaron y fue concedido, junto con otros dos hermanos, el ingreso en el Colegio de Huérfanos de Infantería, sito en la Ciudad de Toledo, donde pasé siete años, terminando en dicha Ciudad el bachillerato Superior en Ciencias y Letras (Junio de 1935).

Se puede decir que los primeros años juveniles, hasta cumplir los dieciséis años, los pasé estudiando (además de jugar) en el Colegio de Huérfanos en compañía de otros internos, que en total sumábamos unos seiscientos alumnos, entre mayores y menores divididos en seis compañías - tantas como naves dormitorios-, teniendo muy buenos recuerdos ya que siendo el más joven en todos los cursos, era muy querido por el resto de los compañeros. Independientemente de las clases en el Instituto, en el Colegio también teníamos clase y profesores, es decir casi todos aprobábamos cada curso.

El Colegio estaba en las afueras de la Ciudad, y para ir como nosotros decíamos a la capital nos poníamos el uniforme de gala, los pequeños el traje marinero y los mayores la chaqueta cruzada pantalón largo, todos de color azul; para salir a la Vega baja a jugar o de paseo el traje de diario, pantalón gris y baby.

Hacíamos gimnasia (esto casi todos los días del año), jugábamos al fútbol, al frontón, baloncesto y sobre todo atletismo puro, disfrutando en algunos casos de las instalaciones de la Escuela Central Militar, Carreras pedestres, jabalina, peso, disco, saltos etc., en resumen propio de nuestros años juveniles.

Cada Compañía tenía galonistas con la suficiente autoridad para imponer castigos leves (dar vueltas al patio, estar de plantón cierto tiempo, etc.) En los meses de verano nos daban permiso para acudir a la casa materna, y el que quería se apuntaba para ir a Navacerrada un mes o dos, donde utilizábamos las instalaciones que allí tenía la Escuela Militar de Montaña. En el año 1934, tuve el gusto de pasar en aquel lugar dos meses, recorriendo montañas y lugares ("Siete Picos", "La Mujer Muerta", "La Maliciosa", "Laguna de Peñaranda", "Valsaín", "La Granja" y "Cercedilla"). Lo pasamos todos los colegiales muy bien.

Al haber aprobado el sexto curso del bachillerato en el año 1935, (finales de la primavera), me convertí en Bachiller Universitario en Ciencias y Letras, creyendo por mi edad (15 años), ser el dueño del mundo y nada más lejos de la realidad. La vocación era la de ser Militar, ya que lo había sido mi Padre y también lo eran dos hermanos mayores, y para eso, como el Gobierno de la República había legislado que los exámenes de Ingreso en las Academias serían como el primer año de Ciencias de la Universidad, tuvimos que quedarnos en el Colegio (renunciar al verano y a la familia) para preparar los exámenes de ingreso antes del mes del otoño del año 1936, siendo mis compañeros de estudio: Ámez<sup>1</sup>, Cabezudo, Castro, Fernández, Albérich, Escarda, Montaner, Vargas, Soria, Vera, Egaña y como Inspector el Señor Puebla.

El colegio era un edificio grandioso, con varios talleres: sastrería, carpintería, imprenta, metalistería y mecánica. Su almacén de víveres y demás materiales, diversas clases y estudios para las distintas asignaturas, pudiéndose haber primera enseñanza, también la segunda, curso regimental, oposiciones, taquigrafía y mecanografía. Tenía amplios dormitorios (para cien o más internos), amplios comedores, tres patios para nuestros juegos y divertimentos, frontón y un gimnasio.

La vida cotidiana se desarrollaba a toque de timbre, se puede decir que

---

<sup>1</sup>A esta fecha, septiembre de 2013, con 96 años bien llevados, Guillermo es el decano de nuestra Asociación

era a imagen y semejanza a un cuartel o a una academia militar. Al primer toque de timbre del día, es decir a las siete de la mañana, empezábamos con el aseo, formación para el desayuno, clases, algún que otro recreo, llegando la hora de ir al comedor sobre la una del mediodía y en mesas para catorce internos, luego descanso y nuevas clases hasta las cinco y media de la tarde, hora de la merienda y a su terminación paseo y al finalizar el mismo estudio, cena a las ocho de la noche, silencio y a los dormitorios.

Podemos decir que la nuestra era una vida tranquila, como colegiales internos, respetando las normas y convivencia entre todos, a pesar de nuestras distintas edades (entre seis y dieciocho años). Hubo una especie de altercados con los mayores, creo que fue por el año 1934, solicitando más libertades y menos disciplina, que se saldó despidiendo del "cole" a los que les parecieron más revoltosos, y como incidente dentro de un colegio militar tuvo resonancia a nivel nacional, siendo uno de los que nos visitó para que dejáramos de incordiar, el general Queipo de Llano, destinado en la Inspección del Cuerpo de Carabineros. La cosa no pasó a mayores, aunque nosotros perdimos los derechos "Cristianos" teniendo aprobado el curso Regimental y una vez incorporados al Ejército a los tres meses te hacían Cabo y a los seis siguientes te ascendían a Sargento.

Comienza el año 1936, y cuando estábamos finalizando nuestra preparación con la máxima ilusión, orgullosos de ser futuros Cadetes, la Nación esta intranquila y revuelta con toda clase de rumores, y llega después de varios sucesos, quema de conventos e iglesias, asesinato desde el Gobierno, el día 18 de julio, día que va a cambiar muy mucho nuestras vidas y que más adelante relataré.

Nuestra odisea comenzó ese mismo día o el siguiente, 19 del mes de julio, el Director habló con nosotros para defender el Colegio contra las fuerzas de la República; para lo cual nos proporcionaron armamento y municiones. De esta forma pasamos de estudiantes a soldados a favor del levantamiento militar. En esta situación, recibimos órdenes de pasar al edificio de al lado (Hospital Tavera), a las órdenes del Comandante Villalba, para impedir que las fuerzas del Gobierno y sus milicias, comandadas por el General Riquelme, entraran en la Ciudad de Toledo donde pasamos defendiendo dos días, en el día 22 como ya era imposible mantener la defensa, pues se había rendido la fábrica de armas, decidieron retirarse hacia el Alcázar.

En esos dos días independientemente de contribuir a la defensa, pudimos ver los bombardeos de la Aviación utilizando aparatos de las Líneas Aéreas Postales Españolas (L.A.P.E.), con bombas que no pasarían de los cincuenta kilogramos de peso ya que eran lanzadas a mano. Observar como desde la cúpula del edificio con un fusil ametrallador tenían a las fuerzas

republicanas en la Vega Baja y campo de tiro de la Academia a raya (posteriormente nos dijeron que habían tenido unas quinientas bajas por heridos). También vimos al capitán Bádenas en un balcón que daba a la carretera de Madrid con un fusil *esmeiser*, por lo menos así se pronunciaba, contener a los blindados que se querían abrir paso hacía Toledo.

Sigamos el relato, en ese momento dejamos de estar a las órdenes de los militares y pasamos nuevamente a ser personas civiles. Recibimos la orden de salir sin armas, acompañando a los enfermos del hospital y que los dejáramos en la primera casa que encontráramos para luego unirnos al capitán médico, que también salía con nosotros para dirigirnos todos juntos hacía el Alcázar.

En nuestro camino, el Médico, fue requerido cerca de la puerta de Bisagra para que atendiera a unos heridos y a nosotros nos indicó que siguiéramos y le esperásemos en la Plaza de Zocodover, como pasaba el tiempo y no se presentaba nos acercamos hasta el Hotel Lino, cerca de la plaza, para esperarlo pero más tarde nos enteramos de que después de haber atendido a los heridos fue fusilado por los milicianos. Cuando estábamos en el Hotel entraron las fuerzas republicanas (milicianos de la CNT), pasando a la situación de detenidos.

Como se iba haciendo de noche, al parecer, preguntaron al General Riquelme que hacían con nosotros ya que éramos huérfanos de militares, ignoramos lo que contestó, lo que si es cierto es que nos mandaron salir y fuimos con los que nos escoltaban hasta el Nuncio (manicomio), donde pasamos dos días. En el camino hasta ese lugar, pasamos como vulgarmente se dice, las de Caín. Cerca de Correos, nos paró un numeroso grupo de milicianos, la mayoría con clara borrachera, que al enterarse de quienes éramos, comenzaron a gritar "estos son los hijos de puta de los guardias civiles" (en nuestro Colegio, antes de incorporarse a la defensa del Alcázar, habían estado aposentados la mayoría de ellos de guarnición en los pueblos antes de ser concentrados en la Capital, dejando sus prendas de uniforme en el "cole", de ahí la confusión con hijos de militares), empezándonos a apuntar con los fusiles y escopetas, gracias a que en Correos hacían guardia una escuadra de Guardias de Asalto, que al ver el cariz que tomaba el asunto nos sacaron de esa concentración, calmando a los más exaltados, indicando a los que nos acompañaban que siguiéramos nuestro camino.

En el manicomio nos encerraron en un cuarto que utilizaban, según decían, para locos furiosos, era muy pequeño y todo cerrado, con un simple ventanuco en la puerta a la altura de la cara; echados no podíamos estar todos (dos nos teníamos que quedar de pie), por la mañana se presentaba aporreando la puerta para que abriéramos el ventano un loco, decía ser el Rey, nos recitaba unos cuantos decretos y se iba. Otro día nos sacaron a otra celda

mayor con rejas al pasillo, al objeto de asear nuestro cuarto y había que ver la cantidad de visitas de los internos que pasaban por allí para vernos.

A pesar de ser registrados al Amigo Vargas, afiliado F. E., no le encontraron unos recibos que tenía a su nombre, los hizo papelitos y todos a comer papeles. Hablando de comidas lo que nos daban eran las sobras de los menús que tuvieran los "locos". La última noche se presentaron unos Guardia de Asalto con otros milicianos y nos condujeron a la cárcel provincial, me parece que esto fue la noche del 24 o 25 de julio, por el único motivo de ser hijos de militares.

En la Prisión Provincial estuvimos hasta el día 23 de Agosto en que fue asaltada por los milicianos de la CNT, a nosotros, después de haber estado atados con sogas de cáñamo de dos en dos, nos quitaron la ataduras y nos llevaron primero -para dormir- a una casa que tenían requisada, creo que de un Comandante de Artillería, y después al hogar de las milicias de C.N.T., donde estuvimos hasta el día 26 de Agosto que fuimos trasladados a Madrid, donde nos dieron un salvoconducto por veinticuatro horas y nos dejaron en libertad.

En estos días, desde la entrada en la cárcel hasta que fuimos libertados, pasaron bastantes cosas, como es natural, que si la memoria no me falla relato a continuación. En el traslado a la cárcel provincial, conocimos lo que nosotros denominamos "echa con escopetas y fusiles". Simplemente era un tazón lleno de leche y como ésta quemaba tardábamos bastante tiempo en beberla, amenazándonos con tal armamento pues tenía prisa y el que más y el que menos, pensábamos que estaría envenenada.

Los quince primeros días aproximadamente, estuvimos sin salir para nada de la habitación dormitorio, charlando entre todos (éramos unos veinte presos) y sobre todo contando chistes, faceta ésta en la que eran maestros dos policías de la secreta que también estaban detenidos. Cuando pasado ese tiempo salimos al patio nos encontramos, entre otros, al Director del Colegio (Comandante retirado don José Gómez de Salazar), curas, abogados, comerciantes, militares, el hijo de Moscardó (Luis), republicanos, monárquicos etc.

Entre los curas había uno que era francés, destacó este dato por ser un hecho fundamental y muy principal que fue valorado a la hora de dejarnos libres, y a nuestro Director se le ocurrió la idea de aprovechar una de las horas del "recreo" en que nos diera clases de francés y así todos los colegiales (doce), nos reuníamos en una de las esquinas del patio para la clase, que hacíamos en voz casi gritando que todos se enteraban, y muy principalmente un miliciano importante que estaba en la enfermería. Esta es la segunda vez que la Divina Providencia iluminó a nuestro Director, la otra fue el que siempre

que nos preguntaran lo que fuera, contáramos la misma historia.

El hijo de Moscardó, mi tocayo, conocía a mis hermanos y por eso, aunque era unos años mayores, tuvimos buena amistad, jugando al ajedrez y charlando, contándonos respectivamente nuestras cuitas. Las mías se resumían en pocas palabras, toda mi familia residía en la Zona Nacional (en aquel entonces los sediciosos), y como es natural no tenía noticia alguna de ellos. La de él eran peores, había hablado con su Padre, la célebre conversación difundida por todos los medios de comunicación, que se resumía en pocas palabras, los interlocutores del Jefe de Milicias, el Coronel Moscardó y su hijo, "que entregue el Alcázar de lo contrario matarán a su hijo; y al confirmarlo el hijo, la respuesta fue que muera como un patriota y encomiende su alma a Dios. Besos y pueden fusilarlo pues el Alcázar no se rinde", Aunque esto no lo cumplieron de inmediato, si lo ejecutaron el día 23 de Agosto.

Por otra parte también tenía a su Madre detenida y a su hermano pequeño (Carmelo). Independientemente de todo esto me contó que él estaba en el Alcázar para intervenir en su defensa, pero su Padre lo llamó y le ordenó que se fuera a casa para acompañar a su Madre y Hermano, contestándole que lo hiciera al revés que su Madre y Hermano entraran en el Alcázar como sucedía con muchas familias de guardias civiles, cosa que a la que totalmente se opuso su padre. No obstante comprendió que para defender el Alcázar con su familia dentro sería un problema más a tener en cuenta. Aunque a él le hubiera gustado quedarse y ayudarle.

Uno de nosotros (Manolo Castro) que ya venía arrastrando una enfermedad, fue ingresado en la enfermería de la cárcel, donde hizo amistad con ese miliciano que antes mencionaba como importante.

Nuestra mayor sorpresa fue la tarde noche del día 23 de Agosto en que la cárcel fue asaltada por las milicias de la C.N.T., todo fuimos atados de dos en dos y uno de los milicianos que se pasó todo el rato mirándome se acercó y me dijo "muchacho quítate eso", señalando a un escapulario de la Virgen del Carmen, como le contesté que no podía, lo cual era cierto pues estaba anudado y no me salía por la cabeza, él dio un tirón y rompió el cordón y como gracia me espetó "ves como sí".

Antes de salir del dormitorio un cura nos dio la absolución general, ya que nos temíamos lo peor. Cuando íbamos iniciando la marcha, aparecieron unos milicianos los cuales dando unos gritos preguntaron por los del Colegio de Huérfanos, que digan quienes son; a medida que nos presentábamos les pareció que éramos muchos -en total doce-, nos desataron separándonos de las filas y al manifestarle que teníamos un celador, el Señor Puebla, también fue suelto.

Más tarde nos enteramos de que había intercedido por nosotros el miliciano que estaba en la enfermería, por la amistad que había tenido con nuestro compañero Castro, quien había estado ingresado en la enfermería ya que -según él- había comprobado que lo único que hacíamos era estudiar y jugar.

Al salir de la cárcel fuimos a dormir a una casa requisada y a la mañana siguiente nos llevaron a los "acuartelamientos" de las milicias de la C.N.T., donde estuvimos hasta la tarde del 26 de Agosto. En este lugar también estaba la esposa del Coronel Moscardó, la cual nos ayudó, al amigo Cabezudo y a mí, a recoger los desperdicios de una fuerte vomitona que padecíamos al terminar de fumar nuestro primer puro, fue requerida por los milicianos para que nos atendiera.

Durante los días que permanecemos con los milicianos todo su empeño fue tomarnos declaración para decirles lo que habíamos hecho desde el inicio del levantamiento. Aquí otra vez la Providencia Divina en la persona del Director del Colegio (nos había recalado que siempre que nos preguntaran contestáramos todos aproximadamente lo mismo), es decir: en el Colegio estudiar, en el Hospital de Tavera atender a los enfermos, ya que al dejarlos en el Hotel Lino ya no tuvimos más contactos.

El día 25 de Agosto, el alumno Egaña, se acercó al Jefe de los milicianos, titulado el "Granadino" requiriéndole con la energía propia de sus 16 años -dos meses más joven que yo-, si nos iban a matar o que pensaban hacer con todos nosotros, esto le cogió por sorpresa y le indicó que hoy mismo lo resolverían. De inmediato nos llamó a cuatro que escogió al azar -uno de ellos yo-, y nos colocó uno a uno en cada esquina de la habitación, es decir bien separados, y a continuación pasó a tomarnos verbalmente declaración, con distintas palabras más o menos todos coincidíamos, llegando a la conclusión de que tenía que ser verdad pues ninguno de nosotros sabía lo que nos iba a preguntar. En definitiva nos participó que quedaríamos en libertad y nos llevarían a Madrid.

El "Granadino", cuyo nombre completo era Domingo Rodríguez Machado, Jefe de las Milicias, ya intervino -dicho por él-, en los sucesos de Octubre de 1934, con gran prestigio dentro del Sindicato de la CNT, aunque de por sí como luego contaré era un pistolero sin escrúpulos.

En la charla que tuvo con nosotros manifestó que estuvimos más para allá -fusilados-, que para acá, sobre todos los mayores que ya se afeitaban, si bien los dos más pequeños de siempre estábamos libres. Tenía la gala el que hasta ese día 25, con su pistola, había matado a 43 facciosos, sin que contara los fusilamientos en masa. Igualmente nos dijo que cuando asaltaron la cárcel a las mujeres no les sacaron, pero como entre ellas estaba la esposa del Coronel y su hijo pequeño, preguntó a éste tu con quién quieres estar con tu

Madre o con tu Hermano, la contestación fue quedarse con su madre, y nos dijo de buena se libró ya que su hermano ha sido fusilado a la salida de la Ciudad.

Los pocos días que pasamos con ellos siempre íbamos con escolta armada, debido a que los milicianos de la U.H.P., creo que ahora es UGT, querían que fuéramos entregados para fusilarnos. Dimos paseos por el campo, nos bañamos en el río Tajo, que bien lo necesitábamos para quedar limpios y nos hicimos unas fotos con el saludo anarquista -las manos levantadas entrelazadas por encima y hacía atrás de la cabeza-, fotos que se publicaron en la prensa de entonces.

Finalmente el 26 de Agosto nos trasladaron a Madrid, en donde la F.I.J.L. (Campamento General de Milicias Libertarias del Puente de Toledo) nos proporcionaron un salvoconducto valedero hasta que llegáramos a nuestros domicilios "por no tener tendencias políticas", facilitándonos el "Granadino" un durito de plata a cada uno pues tenía las cartucheras llenas.

Como a los colegiales que estaban en Navacerrada, ya los habían traído a Madrid, al Colegio de Huérfanos de Caballería, sito en Carabanchel, nos incorporamos nosotros y los que no teníamos familia en la zona republicana quedamos de internos, los demás se fueron a sus casas. Pasados unos días fuimos trasladados a la Ciudad de Aranjuez, al Colegio para Huérfanas de Infantería, donde separadas de nosotros habilitaron unas dependencias (las monjitas que no portaban hábitos son así).

La vida en Aranjuez fue muy similar a la que hacíamos en Toledo, diana, aseo, estudios, recreo, comidas, etc., todo en horarios fijos. Los mayores salíamos de paseo en grupos, los demás en fila de a dos. Por ser hijos de quienes éramos no estábamos bien vistos entre los vecinos, teniendo en cuenta las circunstancias de un levantamiento militar, sin embargo sucedió una cosa curiosa, al parecer tenían noticias de que íbamos a ser trasladados a un pueblo de Valencia (Oliva), llegando a manifestarse para que eso no sucediera, ya que pensaban que estando nosotros no serían bombardeados, en lo que estaban totalmente equivocados pues no únicamente la aviación hizo varias veces acto de presencia, entre otras, bombas incendiarias que cayeron en el "cole", también la artillería nos obsequió durante algunos días, ya que por allí operaron las brigadas internacionales. Cuando ponían en el cine alguna película rusa en sesión especial, nos invitaba el comité, lo cual nos enemistaba todavía más con el vecindario.

A mediados del verano del año 1937, nos pasó una cosa muy curiosa, por eso la cuento, estando en una de las ventanas del "cole" que daban a la Calle Gobernador, una de las principales, pasó bastante deprisa un joven que nos pareció era uno de los alumnos que en la cárcel había estado con alguno

de nosotros, Egaña, y a pesar de pronunciar su nombre él no se daba por aludido, nos extrañaba que si fuera él no pasara a vernos, un buen día ya no volvimos a verle. Finalizada la guerra en 1940, nos encontramos los dos en Madrid y al comentarle lo que había sucedido con uno igual a él en Aranjuez me dijo: no estabais equivocados era yo y podéis figuraros que tenía que disimular para no darme a conocer, el caso es que con un enlace pensaba pasar a la Zona Nacional, como así fue, y lo primero que me encargó fue que a los del Colegio de Huérfanos ni conocerlos. Le faltaba un brazo, que siendo cabo perdió en combate, y en ese año tenía la graduación de Alférez Provisional. Años más tarde volví a verle en Madrid con la graduación de Coronel, caballero mutilado.

En los meses que pasamos en el Colegio de Aranjuez, el comité del Pueblo, a los mayores, nos solicitaban para algunos trabajos: participar en hacer refugios, recoger cosechas, hacernos cargo de la Biblioteca del Hogar Cultural, etc. Uno de los Huérfanos externos, que tenía un cargo dentro del Partido Socialista, nos avaló a unos cuantos para que nos dieran carnet de las Juventudes Socialistas, en caso contrario no hubiéramos estado documentados, lo cual era motivo para ser detenido.

Al llegar el mes de Marzo de 1938, fuimos llamados a quintas por el Ayuntamiento de Aranjuez (la quinta del biberón) llevándonos a Madrid como reclutas.

Como quintos pasamos una temporada en un cuartel, sito en Las Ventas y posteriormente en Conde Duque incorporados al Cuarto Batallón de la 12ª Brigada Mixta, donde terminamos de completar nuestra instrucción militar, marchas, desfiles por la Gran Vía, denominada Avenida de Rusia, maniobras etc.

Al final del mes de junio, día de San Juan, nuestro Batallón se incorporó a la defensa de la Casa de Campo, pasado el río Manzanares y fuertemente atrincherados. Para mí fue una sorpresa ver, bien sujetos al suelo en la parte posterior de la trinchera y antes de los habitáculos hechos para dormitorios, unos tiradores (tirachinas grandes), para utilizar desde allí el lanzamiento de bomba de mano; por otra parte, después de utilizar el dormitorio tuve que darme un buen masaje de "aceite inglés" que me proporcionaron los veteranos (con mucha guasa). Uno de los días me tocó en el puesto de escucha, por todas partes (era de noche) veía sombras de enemigos y moverse piedras, - en mi vida he pasado más miedo-, menos mal que pasado un cuarto de hora, que me pareció una eternidad, apareció el relevo. A primeros del mes de Julio recibimos la orden de volver al acuartelamiento, ya que a la Brigada la habían hecho de "choque".

Mientras hacíamos prácticas, despliegue, aproximación, cruzar con careta antigás el campo de maniobra, gaseado con humo inofensivo etc., el Estado Mayor, -casi todos extranjeros-, dio el visto bueno para cumplir nuestro nuevo cometido. Antes de salir a cumplir la primera orden, tuvimos la desgracia de tener que presenciar el fusilamiento de un miliciano, con orden de muerte firmada por el Presidente de la República Manuel Azaña, ya que desde la trinchera había intentado pasarse al enemigo y que, como éstas tenían forma quebrada, lo único que alcanzó fue la misma un poco más lejos; el fusilamiento se realizó en Madrid y en el Patio del Palacio Real. El piquete lo formaron los sargentos más veteranos, ya que nuestra quinta y la de mayor edad nos negamos a formar parte.

Tuvimos la suerte de que cuando nos trasladaban al lugar que fuera para reforzar a otros combatientes, recibimos contraorden por haberse terminado el fregado (esto sucedió dos veces), menos cuando en tren pasando por Tarancón y Cabeza de Buey, donde nos bombardeó la aviación nacional y dejando éste en camiones llegamos a Villanueva de la Serena (Extremadura - Badajoz) y marchas a pie por esas tierras hasta Herrera del Duque y pasando el río Guadiana por un vado, acampamos. Uno de los días tocaron generala (falsa alarma), pero estando nuestra escuadra de guardia en un montículo con rancho en frío para dos días, recibimos cerca el saludo de un mortero, día 13 de Agosto, en el llano se desarrollaba el combate, al poco rato llegaba a caballo un enlace con la siguiente orden "han tocado retirada, sálvese el que pueda".

Cada uno de nosotros inició la retirada por su cuenta y como empezaba a ser de noche, otro y yo nos pusimos a descansar. Al amanecer nos fuimos en dirección hacia las tropas nacionales (en el camino nos encontramos a un arriero con una mula y aproveché para montar en ella y hacer el camino más tolerable), pasado un cierto tiempo nos dieron el alto unos soldados cuyo cabo tenía galones de color verde. Nos entregamos y al decirle que era alumno del Colegio de Huérfanos de Infantería, me llevaron al puesto de mando al frente del cual estaba un Teniente-Coronel (media brigada de las fuerzas de Cazadores de África), el cual después de charlar me indicó que como estaba de operaciones iría con ellos (por la noche me ponían de vigilancia), hasta llegar al pueblo de Zorita, donde me entregaron en el campo de concentración sobre el día 20 de agosto.

En este campo casi todos los prisioneros eran de nuestra Brigada, ya que había recibido un buen varapalo en los combates del día 14. El campo más bien era un centro de clasificación de prisioneros, donde nos dieron toda clase de facilidades para conectar con los familiares; por carta me puse en contacto con ellos y nada más recibirla, según me contaron después, movieron todas sus influencias para que me pusieran en libertad. Telegramas de los

Gobernadores Civiles y Militar avalándome, en uno se informaba que era hermano de un oficial fallecido en campaña (no daban el nombre); por otra parte todo el día estuvieron en la Ciudad Universitaria los teléfonos de campaña para comunicar a otro de mis hermanos (Capitán) lo que sucedía, y fue a éste al que primero vi en Zorita, con tan buena suerte, día 23, que estaba al llegar la Junta de Clasificación, por ello solicitó permiso para sacarme del campo de clasificación -aunque el Alférez Comandante Militar de la plaza le puso algunos reparos-, lo cual no motivó que lo destituyera en el acto y como militar de mayor graduación se proclamó él, llevándome a la fonda del pueblo para pasar la noche, si bien antes pasamos por el hospital, regentado por unas monjas, para que me diera una ducha y con jabón y zotal despiojarme, yéndose a buscar unos pantalones, camisetas y zapatillas, abandonando el ropaje militar.

Al presentarse a la Junta de Clasificación y contarle al general lo que había sucedido, el mismo (Don Salvador Múgica Buhigas), le indicó que había hecho bien, a continuación me llamaron (día 24), manifestando directamente al general que una vez efectuada la declaración no figurara para nada en las listas oficiales, agradeciéndole tal deferencia, ya que desde ese momento estaba en completa libertad.

Por los medios habituales de autostop, una vez en camiones y otra en coches ligeros, llegamos a Cáceres Capital (día 25), y por los mismos medios hasta Salamanca, donde un amigo le prestó el coche oficial para que nos trasladaran a Zamora. Precisamente ese día era mi Santo y todos los familiares recibieron una gran alegría.

Los primeros días de estancia en casa, inolvidables, fueron felicitaciones de familiares y amigos, pero un buen día llegó una comunicación del Gobierno Militar dándome por prófugo al no haberme presentado cuando me llamaron a filas a mi quinta. Tuve que recurrir al General para que me facilitara un certificado de la situación, el cual recibí de inmediato, dejando así aclarada mi legalidad. Resuelto el problema, pasé a la situación por tres años de Caballero Legionario, prestando servicios en la 12ª Bandera, en la Representación (Talavera de la Reina), en la Plaza Mayor y finalmente en el Banderín de enganche del Puente de Vallecas (en este Cuerpo fui tratado con cierto respeto, ya que anteriormente otros tres hermanos habían sido oficiales), licenciándome el 1 de Noviembre de 1941.

De visita al Colegio de Aranjuez, donde había pasado unos meses, me enteré de que el Director (Sr. Zaracibal), había recibido una comunicación del Ayuntamiento informándole que había muerto "gloriosamente" en defensa de la República. Menos mal que sabían mi pase a la Zona Nacional. Ya licenciado, efectué oposiciones a plaza del I.N.P., primeramente como interino y después por oposición al Cuerpo Técnico, donde pasando por Jefe de Negociado, Jefe

de Servicio y Jefe de Departamento, me jubilé en la situación de Jefe Superior de Administración.

Estoy casado, padre de tres hijos, dos nietos y durante todo ese periodo fui:

Llamado a filas nuevamente cuando los “maquíes”.

Delegado Provincial de Excautivos.

Inspector Provincial del Movimiento.

Consejero Provincial por votación del I.N.P.

Consejero Provincial del Movimiento.

Vocal de la Junta del Club Náutico.

Vocal del Zamora Club de Fútbol.

Regidor de una Cofradía de Semana Santa.

Todo ello, como es natural en distintas épocas, constatando ahora, que mucho han cambiado las cosas, unas para mejor, otras para peor, pero sigo sosteniendo que los pilares fundamentales son: el individuo, su familia, su municipio y sus representantes dentro de una democracia orgánica.